

**ARISTROCRACIA Y PLEBE - LIMA
1760-1830** Alberto Flores Galindo,
Mosca Azul editores, Lima 1984

Una imagen oficial escasamente cuestionada sitúa el tiempo mítico del esplendor limeño en la Colonia, rasero desde el cual debe medirse el desconsolador deterioro de la otrora "Perla del Pacífico". No puede extrañar, pues, que la estatua de Pizarro presida la Plaza de Armas. El pasadismo y la añoranza del orden colonial encuentran su justificación en la condena del (des)orden republicano. Pero una ciudad no es sólo sus paseos y alamedas, parques y avenidas; es, ante todo, la gente que la habita.

Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830, último libro de Alberto Flores Galindo, nos muestra una Li-

ma que, en el umbral del hundimiento del orden colonial y la emergencia de la sociedad republicana, confronta una crisis muy profunda (resultan inevitables los paralelos con la situación presente). Entender esa circunstancia exige ir más allá del brillo exterior y desentrañar la naturaleza del orden social que Lima encarnaba. El subtítulo del libro, "Estructura de clases y sociedad colonial", señala el derrotero que seguirá la indagación. En efecto, el cuidadoso desmontaje que Flores Galindo realiza de los mecanismos que organizan el orden colonial parte del análisis de la naturaleza de los grupos sociales que habitan la ciudad, buscando

"conciliar la dimensión colectiva con los destinos individuales". El estudio está cimentado en un impecable trabajo sobre una abrumadora masa de evidencias documentales. De él emergen un conjunto de temas fundamentales.

El primer gran tema es la recuperación económica vivida a lo largo del siglo XVIII, que permitió remontar la declinación sufrida en la anterior centuria. Esta recuperación fue usufructuada por una aristocracia que, pese al desprecio que sentía por el comercio como actividad de gente baja, asentó su poder precisamente en la actividad comercial en gran escala. Ocurría que dicho oficio no deshonraba, siempre y cuando no fuera ejercido directamente.

Los grandes comerciantes limeños, amparados en el monopolio impuesto por la metrópoli, de la cual procedían mayoritariamente y con la cual guardaban múltiples vinculaciones, hegemonizaban un amplio territorio que incluía tanto espacios lejanos como Quito y Valparaíso y sus respectivos domínios interiores, como el espacio propiamente peruano, a través de múltiples mecanismos de creación de un mercado interno colonial.

Estos mecanismos incluían la subordinación económica de los corregidores, de los cuales dependía la colocación compulsiva de mercancías entre los indígenas a través de los "repartimientos de efectos", así como el tejido de una compleja red mercan-

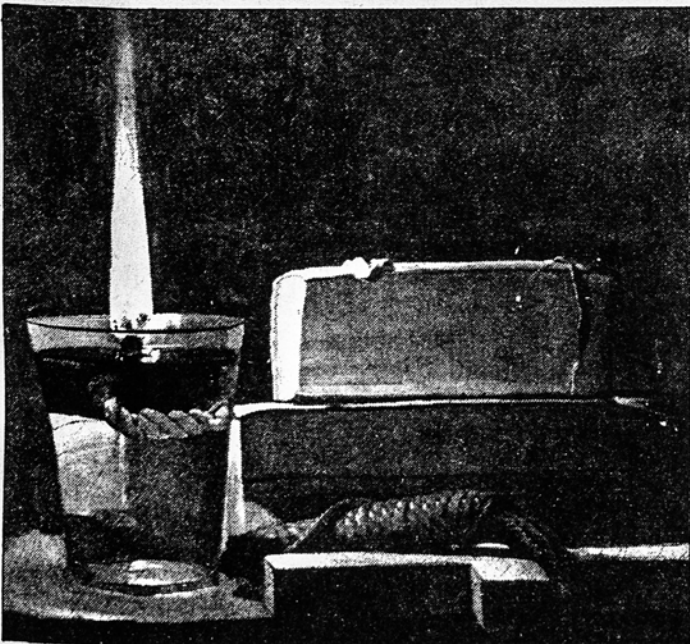
til cuyos integrantes eran comerciantes itinerantes, arrieros, comerciantes locales del interior y mineros, sujetos a través de deudas y habilitaciones al capital comercial limeño.

Dueña de la más poderosa flota mercante del Mar del Sur, esta poderosa aristocracia controlaba las grandes rutas comerciales desde el Cabo de Hornos hasta Panamá, habiendo transformado Quito y Valparaíso en una suerte de subcolonias de Lima.

A fines del siglo XVIII, la aristocracia mercantil limeña alcanzó la cima de su poder. Pero su esplendor resultó efímero. Destruído el monopolio comercial por las reformas borbónicas; perdida la hegemonía sobre el amplio espacio colonial por la emergencia de Buenos Aires como polo competitivo; gravemente afectados los circuitos internos por las grandes sublevaciones indígenas de Túpac Amaru y los hermanos Catari y liquidados los repartimientos, el abismo se abrió bajo los pies de esa clase aparentemente invulnerable. Pese a todo, al desatarse la crisis independentista, ella permaneció tercamente aliada con la Corona, porque mayor era el temor a las masas movilizadas que su capacidad de reaccionar frente a una política imperial que la estrangulaba. De allí que la derrota de la causa realista provocara la liquidación de la clase dominante limeña.

**ESCLAVOS Y
PLEBEYOS**

Habitualmente el desarrollo del comercio lleva a



la liquidación del esclavismo patriarcal y su reemplazo por aquél orientado a la producción mercantil, infinitamente más inhumano y cruel. Tal proceso se vivió en la Lima de entonces, tanto en las plantaciones de los valles aledaños a la ciudad, como en la propia urbe donde era frecuente encontrar negros deambulando ofreciendo su fuerza de trabajo para agenciarse el dinero que sus amos exigían les rindiesen diariamente.

La tenencia de esclavos no fue pues sólo un símbolo de status, sino una inversión productiva a la que se trataba de extraer el mayor beneficio. De allí que la acusación de sevicia—excesiva crueldad en el castigo— fuera la fundamental dirimida en las causas contenciosas que enfrentaban frecuentemente a negros y blancos. La violencia no podía ser enfrentada organizadamente por sus víctimas debido a la disgregación de los esclavos. Así, su fuerza numérica (constituían la cuarta parte de la población limeña), no se traducían en una efectiva fuerza social o política y sólo quedaba la respuesta individual: la fuga y el cimarronaje, las venganzas y el bandolerismo o el chantaje supremo, el suicidio, que aterraba a los amos en tanto podía representar la irreparable pérdida de su inversión.

No era mucho mejor la situación de la plebe. Esta categoría genérica incluía una vasta gama humana que Flores Galindo encuentra agudamente descrita en esa gran comedia humana que son las Tradiciones Peruanas. Conformaban la plebe “esos desocupados o semiempleados que viven precariamente entre el artesanado de Lima y la población lumpenesca (bandidos, ladrones, mendigos)”. Su existencia constituía la precisa contrapartida a la

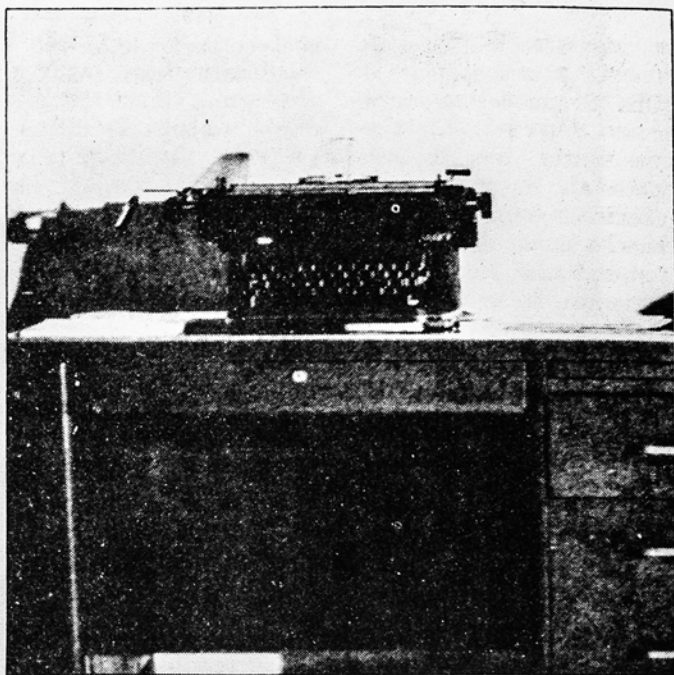
hegemonía del capital comercial.

Finalmente, los indios eran el otro estrato popular fundamental. Separados del resto de la población en barrios exclusivos y en colonias de pescadores, tampoco podían constituirse en una alternativa de respuesta organizada.

LA VIOLENCIA Y EL TEMOR

Contra el mito erigido por Riva Agüero y sus seguidores, la sociedad colonial fue pues una sociedad eminentemente violenta, donde la violencia no se concentraba en el Estado sino que se difundía por todo el tejido social, invadiendo incluso el aparentemente idílico dominio doméstico. Pero esa violencia, que expresaba la imposibilidad de erigir el orden en el consenso, tuvo inevitablemente que generar su natural contrapartida: un gran miedo social de “los de arriba”, plasmado en el florecimiento de la industria de las rejas, que permitía amurrallar las residencias conjurando el peligro real o imaginario que representaba la sola existencia de “los de abajo”.

La disgregación de los esclavos, el fraccionamiento de la plebe y el aislamiento de los indios impidió plasmar una alternativa. De allí que ellos no protagonizaron la Independencia. Puestos hoy ante un panorama de crisis que llama a las inevitables comparaciones, surge como interrogante si la crisis actual tendrá un desenlace tan estéril para el movimiento popular como lo tuvo aquella que desembocó en la Independencia. Al final no importa la respuesta que cada uno dé a esta interrogante. La función de un buen trabajo de historia es más hacernos reflexionar sobre nuestro presente y su proyección al futuro, que proponer soluciones apriori. (Nelson Manrique).



POESIA PERUANA, ANTOLOGIA GENERAL, Tomo II. Selección de Ricardo Silva Santisteban. EDUBANCO. 660 pp.

En una pulcra edición, a las que ya nos está acostumbrando la Fundación del Banco Continental para el Fomento de la Educación y la Cultura (EDUBANCO), está circulando el tomo II de la Antología General de la Poesía Peruana: De la Conquista al Modernismo, que junto con el tomo I: Poesía aborigen y tradicional popular, elaborado por el poeta Alejandro Romualdo, y el tomo III: De Vallejo a nuestros días, que estuvo a cargo de Ricardo González Vigil, constituyen una fuente de referencia para los lectores de literatura peruana.

El presente tomo nos acerca a una literatura un tanto dejada de lado por nuestros estudiosos, acaso por una falta de crítica especializada o sencillamente por no estar dentro de nuestros gustos literarios.

Dentro de la selección

de las coplas, romances y cantares de la Conquista y aun de la literatura colonial, surge una interrogante: ¿hasta qué punto puede considerarse peruana la literatura escrita por españoles? Ricardo Silva Santisteban, el antologador, nos responde: “la literatura de la colonia fue tanto española como peruana... es improbable demostrar que tal o cual escritor es más americano o más español”.

La poesía de la Conquista refleja fundamentalmente las luchas que libraron entre sí los conquistadores, resueltas satíricamente mediante coplas, y refleja también dos vertientes lingüísticas separadas: la del ámbito quechua que subsiste soterradamente en la literatura oral, y la del castellano que llegó con los conquistadores y que sigue los cánones de la Península: Renacimiento, Barroco, manierismo y que da lugar al surgimiento de poetas de verbo ampuloso

y circunstancial como Dávalos Figueroa o Pedro de Oña. Se puede rescatar algunos fragmentos de poemas épicos, pero es esencialmente en la literatura dramática donde encontramos lo mejor de la literatura colonial. Máximos exponentes de este género son, sin lugar a dudas, Juan de Espinoza Medrano, el Lunarejo, quien tuvo apreciables logros con sus Autos Sacramentales escritos en quechua como *El hijo pródigo* y *El rapto de Proserpina* y *El sueño de Endimión* y la recopilación de sus sermones en *La novena maravilla*. Juan de Espinoza Medrano, hijo de padres indígenas, fue un excelente seguidor de Góngora y Calderón, de quienes asimiló la versificación en octosílabos. Pedro Peralta Barneque, "el doctor Océano", figura predominante de la literatura del siglo XVIII, nos ha dejado a su vez en su obra teatral los más hermosos versos de la época.

Después de la época barroca la literatura colo-

nal entra en un período de estancamiento que coincide con el neoclasicismo y sólo logra salir de la inercia en los albores de la Independencia, cuando se vislumbra un nuevo amanecer en tierras americanas. Y es justamente José Joaquín Olmedo con su canto épico *La victoria de Junín* quien da nuevos bríos a la literatura peruana. Mariano Melgar, Pardo y Aliaga y Manuel Ascencio Segura son las tres figuras que lograron sobresalir siendo neoclásicos. A Mariano Melgar, poeta mítico del Perú, por lo que pudo haber hecho en poesía, le corresponde el mérito de rescatar la poesía aborígen y escribir con versos melancólicos tiernos yaravíes. A Pardo y Segura les debemos especialmente poesía de sabor costumbrista y satírica.

Y llegando al siglo XIX nos encontramos con el surgimiento del Romanticismo, pálido reflejo del Romanticismo español. Según Ricardo Silva Santisteban "nuestro romanticis-

mo carece de una verdadera poética. No reconocemos en él ni nuestra vida, ni nuestro paisaje ni nuestros problemas". En cierto modo, según el antólogo, la presencia del paisaje costero en la obra de Juan de Arona, el regreso a las raíces andinas de Constantino Carrasco (traductor del *Ollanta*), o las innovaciones métricas de González Prada son los elementos que definen esta época, a pesar de que, a nuestro juicio, no es desdenable la presencia de Carlos Augusto Salaverry y de Ricardo Palma.

Con el nuevo siglo se anuncia la aparición del Modernismo, surgiendo los poetas de verso florido con su máximo representante José Santos Chocano.

Pero el poeta moderno por antonomasia es el simbolista José María Eguren, poeta revolucionario del lenguaje, quien crea un mundo sugerente y soledoso con nuevos ritmos y palabras nuevas. A partir de Eguren, nuestro primer poeta contemporáneo, se puede decir que se inicia

un nuevo período en la literatura peruana que toma como elemento básico de creación literaria la palabra: ya no habrá connotaciones religiosas, morales, históricas, ideológicas o costumbristas que caracterizaban la poesía anterior, sino que surgirá el reino de la palabra.

A pesar de que Ricardo Silva Santisteban, como lo señala en su introducción a la *Antología*, nos muestra en líneas generales una apreciación un tanto dura y muy exigente de la literatura peruana que va de la Conquista al Modernismo, debemos valorar su loable esfuerzo por presentarnos "una literatura vista en su conjunto, no en sus individualidades" donde a cada poeta antologado le da su exacto lugar. Es de destacar, además, las excelentes notas introductorias que acompañan a los poetas y poemas seleccionados, y asimismo la minuciosa bibliografía, aportes utilísimos para el estudio de la literatura peruana. (Carmen Castañeda). &

QUEHACER

REVISTA BIMESTRAL
DEL CENTRO DE ESTUDIOS Y PROMOCION
DEL DESARROLLO - DESCO